

Estatua

La furia iconoclasta en varios países recuerda una paranoia de Stalin

kioskoymas#acabos@fundacionfaes.org

JUAN BAS



Por la furia iconoclasta, asociada a las protestas por el racismo policial que costó la vida a George Floyd, con que se han derribado y mancillado estatuas de próceres relacionados (en algunos casos de modo peregrino) con la esclavitud de negros, en Estados Unidos y otros países, me he acordado de una historia sobre la paranoia de Stalin hacia una estatua que cuenta Tatiana Pigariova en su estupendo libro 'Autobiografía de Moscú'.

Las estatuas suelen ser esculturas, y una gigantesca escultura, en armonía con los más desaforados cánones soviéticos, es la que desasosó al psicópata Stalin. Se trata de 'El obrero y la koljosiana', obra de la gran escultora Vera Mújina. Es una enorme escultura de 24 metros de altura, forjada en acero, que fue el logotipo de los estudios de cine Mosfilm (la habrán visto al comienzo de películas rusas clásicas). Representa a un obrero y a una campesina, guapos y atléticos, que avanzan decididos y al mismo paso, como de baile más que de marcha, hacia el paraíso socialista. Él porta en alto un martillo y ella una hoz, que quedan emparejados y en paralelo.

Pues bien, alguno de sus chivatos le dijo a Stalin que había oído que en la capa ondeante de la campesina, fijándose bien, podía encontrarse el perfil del rostro de Trotski formado con los pliegues, que Mújina habría esculpido con avieso ocultamiento para espectadores avisados. La estatua esperaba el traslado a su destino: el pabellón soviético de la Exposición Universal de París de 1937. Se dice que Stalin pasó una noche entera en el gran almacén donde se guardaba la escultura, subido a escaleras y escurriéndose la extensa capa de acero palmo a palmo. Por supuesto, no encontró el rostro de Trotski, su gran enemigo.

Aun así, Stalin desconfió de Vera Mújina, que fue tratada con ostracismo por el régimen a consecuencia de aquella absurda mentira. No obstante, la estatua fue a la Exposición Universal; quizá tuvo que ver que el pabellón ruso estaba enfrente del alemán. El obrero y la koljosiana fueron colocados de modo que parecía que caminaban amenazadoramente hacia los nazis. Pero después de París la estatua se asentó en una ubicación de importancia secundaria, a la entrada del Centro Nacional de Exposiciones de Moscú.

Quise verla y me costó un largo trayecto de metro conseguirla. Pero valió la pena: es impresionante y hermosa. Además, pude comprar en un mercadillo una excelente reproducción en hierro (tiene grabado en el pedestal que es de 1968), de un palmo de altura, que reposa sobre mi mesa de trabajo y que acabo de mirar y sopesar una vez más después de escribir estas líneas.

Desinformación

JAVIER ZARZALEJOS

Es posible que el peor riesgo de las constantes noticias falsas sea el de que elevemos el umbral de nuestra tolerancia en vez de ser cada día más exigentes

kioskoymas#acabos@fu

Mucho antes de que surgieran Internet y las redes sociales, había gente que sostenía que Elvis vivía, que la Tierra era plana y que la llegada del hombre a la Luna era en realidad un montaje. Existían la intoxicación y la propaganda sin escrúpulos, la injuria del adversario y la desinformación a menudo a través de plumas bien pagadas por sus patrocinadores. ¿Por qué entonces tanta preocupación por un fenómeno que ha existido siempre? Una respuesta obvia es el alcance y la potencia 'viralizadora' de los vehículos digitales. Ha quedado superada aquella categoría del ciudadano-periodista, quien con su teléfono móvil se convertía en corresponsal de cualquier acontecimiento grande o pequeño que pudiera estar presenciando. Ahora cada uno podemos ser un medio de comunicación completo, y podemos generar contenidos con herramientas cada vez más sencillas y más eficaces.

La información es una realidad absolutamente descentralizada que ha puesto en crisis el papel de los medios 'convencionales' como mediadores cualificados entre las fuentes y la audiencia. La importancia crucial que se ha asociado a la prensa en la teoría democrático-liberal procede de constituir un componente indispensable del pluralismo y del derecho a expresar y recibir libremente información y opinión, y por esa función de filtro profesional e independiente que los medios han venido desempeñando a través de la selección de las fuentes, la comprobación, el contraste, todo lo que constituye la 'lex artis' del periodismo. Pero esa situación ha mutado y el circuito que depuraba la información, también desde posiciones editoriales diversas y bajo ópticas diferentes, es cada vez menos fluido. Y esto es grave porque la democracia es un régimen de opinión pública.



JOSÉ IBARROLA

En el vacío que va dejando el retroceso de los medios convencionales, florece la desinformación y de la misma manera que la moneda mala expulsa a la buena, la desinformación, el bulo, la noticia falsa, expulsan a la buena información. El gusto por lo llamativo y lo sensacionalista y la falsa sensación de anonimato en la navegación cuentan, pero la desinformación es sobre todo el producto de estrategias bien definidas y ejecutadas con poderosos medios tecnológicos por actores estatales y no estatales. A esta evidencia responde el hecho de que más del 50% de la circulación por la Red se origine en bots.

La utopía digital se aleja. La idea de que Internet podía constituir un ámbito deliberativo global, una conversación universal y cívica que abriría paso a una suerte de democracia instantánea, de ningún modo va camino de convertirse en realidad. Lo que se está formando es un espacio digital fragmentado con ámbitos verdaderamente valiosos en la edu-

cación, la ciencia, las artes y el entretenimiento, y otros en los que imperarán el ruido, la desinformación y los contenidos ilegales o dañinos.

La descentralización de la opinión y la información ha creado un vacío que es preciso llenar y que debe empezar por el propio usuario a quien se concede mayor responsabilidad y mayor poder para contribuir a la lucha contra la desinformación y los contenidos dañinos o ilegales mediante el señalamiento de estos para que reciban el tratamiento legal previsto. Pero también las plataformas deben asumir nuevas responsabilidades, no para convertirse en instancias censoras, pero sí para mejorar su capacidad de reacción para prevenir y contener la desinformación de acuerdo con los procedimientos y las autoridades que deben velar para evitar estos fenómenos. La comprobación imparcial de las informaciones va en esa dirección.

Nos encontramos en un territorio delicado, lindante con el derecho a la libertad de expresión que hay que proteger en los términos más amplios. Sin embargo, el principio de que aquello que no es admisible 'off line' no puede serlo 'on line' es perfectamente aplicable. La Red no es sólo un espacio de opinión, es un mundo donde se producen delitos y conductas ilegales como en el mundo físico y la tendencia es claramente ascendente.

Es posible que el peor riesgo de la constante desinformación a la que nos vemos sometidos sea el de que sin darnos cuenta elevemos el umbral de nuestra tolerancia, en vez de ser cada día más exigentes con esos contenidos que, en el mejor de los casos, distorsionan, ocultan o tergiversan. Y es más grave aún que, convertida la comunicación en propaganda, la desinformación se imponga con normalidad como un arma de pugna política. Ese puede convertirse en el virus digital más dañino para la deliberación democrática.

Teletrabajos

ALBA CARBALLAL



Conversando con muchos amigos que han adoptado el teletrabajo a raíz de la pandemia, observo que existen dos patrones perversos que se repiten, eso sí, con ligeras variaciones. Por un lado, están esos casos en los que el teletrabajo ha transformado las horas de jornada laboral en una masa continua de tiempo dedicado a la empresa, en la que cada vez se ha ido volviendo más difícil distinguir las franjas horarias dedicadas al ocio, a la

conciliación familiar o al descanso nocturno de una avalancha informe de correos electrónicos, llamadas y reuniones de urgencia. Por el otro, también hay quien ha hallado en el teletrabajo una fuente de libertad y tranquilidad, hasta en medio de un confinamiento estricto, por no verse obligado a calentar la silla en un puesto que podía -a la vista está- desempeñarse de manera más eficiente. Es curioso: un sondeo rápido me hace darme cuenta de

que las empresas empleadoras de los explotados de nueva planta han abrazado el teletrabajo como si de la fuente de la eterna juventud se tratase; y, sin embargo, a aquellos patrones que tienen en nómina a quienes han reconquistado sus horas perdidas por la vía de la productividad les ha faltado tiempo para reabrir las oficinas.

Entre estos dos casos opuestos cabe toda la gama de Pantone del atino y el desatino telemático. Por eso, y teniendo en cuenta que el teletrabajo parece haber llegado para quedarse, urge una legislación justa que nos proteja a todos -por supuesto, a los trabajadores por cuenta ajena, pero también a empresarios, administraciones públicas y, ya que nos ponemos a pedir, a los autónomos- de las malas prácticas en las relaciones laborales que se desarrollen en este nuevo marco digital.